

ALFAGUARA



Carlos Fuentes

Federico en su balcón

I. De la paz el arcángel divino

Federico (1)

Lo conocí por casualidad. Era una noche más que caliente, pegajosa, enojosa, inquieta. Una de esas noches que no alivian el calor del día, sino que lo aumentan. Como si el día acumulase, hora tras hora, su propia temperatura sólo para soltarla, toda junta, al morir la tarde, entregársela, como una novia plomiza y mancillada, a la larga noche.

Salí de mi cuarto sin ventilación, esperando que el balcón me acordase un mínimo de frescura. Nada. La noche externa era más oscura que la interna. A pesar de todo, me dije, estar al aire libre pasada la medianoche es, acaso psicológicamente, más amable que encontrarse encerrado sobre una cama húmeda con el espectro de mi propio sudor; una almohada arrojada al piso; muebles de invierno; tapetes ralos; paredes cubiertas de un papel risible, pues mostraba escenas de Navidad y un Santaclós muerto de risa. No había baño. Una bacinica sonriente, un aguamanil con jarrón de agua —vacío—. Toallas viejas. Un jabón con grietas arrugado por los años.

Y el balcón.

Salí decidido a recibir un aire, si no fresco, al menos distinto del horno inmóvil de la recámara.

Salí y me distraje.

Y es que en el balcón de al lado, un hombre se apoyaba en el barandal y miraba intensamente a la gran avenida, despojada a esta hora. Lo miré, con menos intensidad que su visión nocturna. No me devolvió la mirada. ¿Quién sabe? Unas espesas cejas caían sobre sus párpados. ¿Qué decía? Unos bigotes largos y tupidos ocultaban su boca. Sólo que entre ambos —cejas, bigote— aparecía una desnudez que al principio juzgué impúdica, como si el solo hecho de ser áreas limpias las hiciese tan desnudas

como un par de nalgas al aire. Lo limpio de ese rostro cubierto de cejas y bigotes conducía a una idea perversa de lo lampiño como lo impuro, sólo por ser distinto de la norma, pues la abundancia de cejas y bigote parecían, en este hombre, ser la regla.

Sólo que al verlo allí, en el balcón vecino, mirando a la noche con un vasto sentimiento de ausencia, sentí que mi primera impresión, como toda primera impresión, era falsa. Aún más: yo difamaba a este hombre; lo difamaba porque me atrevía a caracterizarlo sin conocerlo. Deducía de un par de signos externos lo que el hombre interno era. Mi vecino. ¿Cómo se llamaba? ¿Cuál era su ocupación? ¿Su estado civil? ¿Casado, soltero, viudo? ¿Tenía hijos? ¿Tenía amantes? ¿Qué lengua era la suya? ¿Qué había hecho para ser memorable? ¿O se resignaba, como la mayoría, al olvido? ¿Se dejaba llevar por un cómodo anonimato de la cuna a la tumba, sin ninguna pretensión de durar o ser recordado? ¿O era este ser humano, mi vecino, portador de una vida secreta, valiosa por ser secreta, no manoseable por el mundo? ¿Una vida propia vestida de anonimato pero portadora, en su seno, de algo tan precioso, que mostrarlo lo disolvería?

Pensaba en mi vecino. En realidad, pensaba en mí mismo. Si estas preguntas venían a mi ánimo, ¿se referían al pensativo y ausente vecino? ¿O eran las preguntas sobre mí mismo que me hacía a mí mismo? Y de ser así, ¿por qué ahora, sólo ahora, en la distante compañía del hombre próximo, me hacía preguntas sobre él que en verdad eran una manera de cuestionarme a mí mismo?

Mis preguntas fueron sorprendidas por el amanecer. De la noche que evadí en mi recámara, salí a una aurora que duraba más en mi memoria que en mi imaginación. ¿Era más breve que mi recuerdo? ¿Era más duradera que mi imaginación? Hubiese querido comunicarle estas preguntas, que no tenían respuesta solitaria, a mi vecino. La luz se avecinaba. Precedía al día. No lo aseguraba. Tuve, por un instante, la sensación de vivir un amanecer interminable en el que ni la noche ni el día volvían a manifestarse. Sólo ocurría esta incierta hora, que yo sabía pasajera, convertida en eternidad.

La jornada se avecinaba, renovada y ajena a nosotros. Vivos o muertos, estuviésemos o no aquí, despoblada la Tierra y suficiente a su retorno eterno. Nada en el mundo salvo el mundo mismo. Ignoro si la Tierra, dejada a su propio circular, pensaría en sí misma, sabría que era “Tierra”, entendería que era parte de un sistema planetario, y si el universo mismo dudaría entre ser infinito, idea inconcebible, sin principio ni fin. Otra realidad. *La* realidad.

Que en este momento era yo con mi vecino el bigotón, mirando el amanecer.

El eterno amanecer. La noción me llenó de pavor. Si el día no llegaba aunque la noche hubiese terminado, ¿en qué limbo de las horas quedaríamos suspensos para siempre? Quedaríamos. Mi vecino y yo. Quise adivinar su mirada, imprevisible debajo de las tupidas cejas. ¿Cerraba los ojos, dormitaba acaso, ajeno a mi presencia aguda aunque inquisitiva? O miraba, como yo, esta aurora lenta y despiadada. Sin piedad: ajena a nuestras vidas. Desinteresada en nuestra necesidad de contar con noche y día a fin de arreglar... ¿Qué cosa? ¿Necesitamos de verdad día y noche para despertar o asearnos, desayunar, salir al trabajo, frecuentar colegas y amigos, almorzar por segunda vez, leer, mirar al mundo, tener amores físicos, cenar, dormir? La vuelta impenitente —imperturbable— de nuestras vidas, dictada por un ciclo en todo ajeno a nuestros propósitos, en todo indiferente a nuestras actividades (o falta de ellas).

¿Tendría, yo, el valor de despojarme de horarios, funciones, deseos y someterme a un amanecer sin fin que me liberase de cualquier ocupación? Quizás así sería el paraíso: una aurora interminable que nos eximiese de toda obligación. Aunque, mirando al hombre silencioso en el balcón de al lado, imaginé que así, también, sería el infierno: un amanecer jamás concluido. Liberación. O esclavitud. Vivir para siempre en el amanecer del mundo. Cautiverio. O liberación. Ser un ave que sólo vive un día. O un águila eterna que vuela sin destino buscando lo que ya no existe: el día para volar, la noche para desaparecer. Ni siquiera un meteoro, a esta hora temprana, para hacernos creer que todo, muy pronto, se moverá...

Él me miró desde su balcón. Medio metro entre el suyo y el mío.

Me miró como se puede mirar a un extraño. Descubriendo, de súbito, a un reconocido. Quiero decir que el hombre mi vecino me miró primero como a un desconocido. Enseguida, descubrió una semejanza. Sus ojos me dijeron que si no me conocía, reconocía en mí una identidad olvidada. Yo hice un esfuerzo, no demasiado penoso.

¿Dónde había visto antes a este hombre?

¿Por qué me parecía tan familiar este desconocido? ¿Tan reconocible, por lo visto, como yo a él?

¿Ya leíste la prensa? —me preguntó de repente.

No —le contesté, un poco sorprendido por el tuteo más que por la pregunta misma.

Aarón Azar —dijo entonces, como si recordase lo previsible.

¿Qué...? —exclamé o pregunté, no sé...

¿Lo mataron? ¿Logró huir? ¿Está escondido? ¿Lo escondieron? —las preguntas de mi vecino se disparaban como balas.

No sé... —fue mi débil excusa.

Por lo menos, ¿sabes si Dios ha muerto? —concluyó antes de retirarse del balcón—. ¿Qué sabes?

Nada. ¿Cómo te llamas?

Federico. Federico Nietzsche.

Aarón (1)

Aarón Azar vive en el cuarto que le cede, con gusto, una familia que conoció a la suya. No es una casa elegante, aunque sí cómoda. Está situada en un barrio de las afueras de la ciudad, de manera que Aarón tiene que hacer un trayecto de casi una hora (y el regreso) a los tribunales.

Camina al trabajo. Se ha impuesto la disciplina de no utilizar el transporte público. No podría pagar un taxi. Y no toleraría viajar entre apretujones y sudores. Prefiere caminar, le da tiempo de pensar. Piensa todo el tiempo. En la recámara que le obsequian sus amigos, la familia Mirabal, se sienta horas enteras. Teje. Eso le ocupa las manos y le libera el pensamiento. Teje calcetines, suéteres, no le salen bien las corbatas de lana.

Tiene un solo traje decente, negro oscuro, cruzado. Cuando trabaja, nadie lo ve. Porque debe vestir una toga negra. Asume la vestidura de la justicia. No abjura de su traje negro oscuro. Lo ven llegar y salir bien vestido. Quién sabe si alguien comenta, “¿No tiene otro traje?”. O “Tendrá muchos trajes idénticos”. “En todo caso, es un hombre sobrio.”

¿Qué se pregunta a sí mismo durante las largas y solitarias horas cuando se sienta a tejer? Piensa, obsesivamente, en el castigo.

Sabe que de su actuación en el tribunal —mañana mismo— dependerá que un ser humano sea liberado o castigado. Y si es castigado, muchas preguntas asaltan el ánimo de Aarón Azar mientras teje:

- ¿Por qué se castiga?
- Para defender a la sociedad.
- ¿Basta?

No, porque el juicio no es sólo legal. También es sentimental...

¿Qué quieres decir?

Que todo juicio afecta el orden moral.

¿Los deberes de cada individuo hacia su propia persona?

Eso es lo que no se puede juzgar. Los deberes para con uno mismo. El suicidio, por ejemplo, no es castigable, por razones obvias. Pero ¿puede castigarse al que ayuda a un suicida? La ley dice que no. ¿Quién es culpable, entonces, de esa muerte, de ese autohomicidio? ¿Nadie? ¿Por qué castigamos al que mata a otra persona y no al que se mata a sí mismo? ¿Cuál es el límite moral del crimen?

El abogado Azar tenía dos casos ante el juzgado en los siguientes días.

El primero es el juicio contra un tal Rayón Merci, acusado de abuso sexual contra niñas.

—Señores del jurado. Mi cliente es acusado de asesinato y de abuso sexual de mujeres menores de edad. Una acusación grave. ¿Qué nos dice el acusado, Rayón Merci?

—Yo no quería. Sólo quería tocar la ropa íntima. No dañaba a nadie. No es mi culpa que las muchachas hayan regresado antes de tiempo. Si no regresan, no las veo. Yo no quería matarlas. Sólo quería tocar la ropa interior, acariciarla, besarla. Imaginar.

—El hecho es que Rayón mató brutalmente a las muchachas que lo descubrieron desnudo, vestido sólo con la ropa interior de las chicas, acostado en la cama de una de estas.

—Yo no les pedí que vinieran a verme. Era mi placer, sólo mi placer. Metiches, ¿qué tenían que...?

—Las obligaste a desnudarse. Les tomaste fotos.

—Yo no quería, yo no quería...

—Les sellaste las bocas, la nariz, con tela adhesiva.

—Yo no quería...

—Luego las mataste a palos...

—Es que me iban a denunciar...

—Rayón, silencio.

Aarón Azar presentó la defensa de Rayón Merci. Rayón no es un criminal habitual. Esta es su primera ofensa, ténganlo en cuenta. ¿Que sentía obsesión por la ropa interior de muchas adolescentes? Esto no es un crimen. Entrar a una recámara ajena a probarse y robar ropa sí es un delito. Delito de apoderarse de algo ajeno. Elevado, en el caso que nos ocupa, a delito contra la dignidad de las personas, contra la vida y la integridad corporal, homicidio y privación de la libertad con fines sexuales, retención de menores, violación y abuso corporal.

Rayón Merci miraba al jurado con una especie de orgullo idiota. Y al público con una presunción de “a que ninguno de ustedes se atreve”. Miraba a Aarón Azar con absoluta confusión: ¿Lo defendía o lo acusaba? ¿Le daba la razón a quienes lo denunciaron? ¿Lo traicionaba? Su rostro delató un temor creciente a quien decía defenderlo.

—Todo esto es cierto —continuó Azar—, pero no es normal. Y no me refiero a la severidad de los hechos, sino a la personalidad del acusado. Rayón Merci es un hombre sano, trabajador y juicioso. Salvo en este punto. Tiene una obsesión con la ropa interior de las mujeres. Si sólo fuese así, no sería juzgable.

Miró a Rayón. Rayón no sabía hacia dónde mirar.

—No sería juzgable... pero lo es porque mató.

Azar colgó la cabeza, con pesadumbre.

—Es la primera vez que matas, ¿verdad, Rayón?

—Sí, la primera, nunca, si ellas no...

—¿No lo deseabas, verdad?

—No, no, sólo la...

—O sea, no fue la voluntad del acusado matar. No fue su intención. No es parte de su costumbre...

Rayón levantó la cabeza, con cara de vergüenza y no se atrevió a agitar su cabeza de pelo corto y rizado, cobrizo, que le daba cierto encanto a su rostro crispado, como si las facciones innatas del acusado tuviesen temor de manifestarse sólo para traicionarlo. Como mentiroso, si decía la verdad. Como fidedigno, si contaba mentiras. Sólo le quedaba apretar un puño contra otro y separarlos enseguida, como si se diera cuenta de que las culpables de todo eran sus manos, él no, él no...

—No quería hacer lo que hizo. Ni la inteligencia ni la voluntad lo impulsaron. Normalmente, este es un hombre lúcido, tranquilo. ¿Por qué se le va a juzgar? ¿Por lo que siempre es? ¿O por lo que accidentalmente le sucedió?

Aarón Azar sabía respirar con pausa. Ni un murmullo.

—No seré tan vulgar como para hacerles creer que el acusado está loco. No, no en el sentido del diccionario: privación del juicio. El acusado sabía lo que hacía. Pero el asesino repite su crimen una y otra vez. Rayón no es un asesino habitual. Eso está claro. Rayón obró por una fuerza que no pudo evitar. No por inteligencia. No por voluntad. Sólo como conclusión indeseada de una fijación intermitente.

Todos miraron al abogado.

—Rayón Merci es un loco intermitente. No merece la muerte terminal, merece un compromiso entre la muerte que no merece y la libertad que no sabe emplear.

Los ojos brillantes, la boca sin labios, la nariz temblorosa, las orejas acusadas, el pelo inmóvil como una peluca.

—Rayón Merci merece un castigo. Merece la protección de un asilo. Se protege a un hombre errado. Y se protege a la sociedad.

Rayón Merci escuchó en silencio, con la cabeza baja, las razones del abogado, confirmadas por el jurado. Rayón Merci sería internado en el asilo del doctor Ludens. Rayón Merci no iría a dar con sus huesos en la cárcel. No soy un criminal, comenzó a referirse como lo haría de allí en adelante, soy un loco. Y ese hombre con el gorro negro y la toga negra tiene la culpa. En vez de mandarme a la cárcel a cumplir una sentencia, me manda al manicomio para siempre.

Levantó la mirada para grabarse la imagen del abogado, Aarón Azar, su defensor de oficio. No olvidarlo nunca. Jamás perdonarle la ofensa, esto es lo que quedó en el interior de Rayón Merci.

—Este hombre se llama Aarón Azar. Y me ha ofendido. ¡Yo no estoy loco! ¡Yo sé lo que hago!

Federico (2)

Hagamos un trato: yo hablo de lo mío y tú de lo tuyo.
Alternando.

No; quisiera saber quién era el tal Rayón Merci al que defendía Azar.

Luego, después de ti. ¿De quién quieres hablar?

De una muchacha.

Ah.

Dorian (1)

Era pequeña, de baja estatura. Pero bien formada, muy esbelta. Bueno, flaca. Sólo que la estatura disimulaba la pequeñez del cuerpo y la delgadez de los brazos. Se cortaba el pelo muy corto. Lucía un cráneo bien formado. La cabellera era de un rubio cenizo. Poseía un perfil cambiante. Es decir, era una de lado y otra de frente. Vista desde abajo, parecía extraña y no tan bella. Jamás mostraba las piernas. Usaba pantalones largos ocultando el tamaño de los zapatos y la altura de los tacones.

En cambio, le gustaba quitarse el saquillo y mostrar la delgadez extrema de sus brazos. “Delgadez” es un eufemismo. Eran brazos flacos, raquíuticos si no fuese por el brillo dorado que los cubría. Brazos de enferma si no fuese por la extraña energía con que brillaban, muertos. Si Dorian no era consciente de la belleza de sus brazos —pese a la flacura, sin la enfermedad—, menos lo era de la llanura de sus pechos, donde no era posible adivinar relieve alguno. Planos, cubiertos por una camiseta dorada sin mangas que permitía observar las axilas de Dorian. Una, afeitada hasta lo fantasmal: blanca y lisa. Otra, velluda con una sombra castaña agresiva y nocturna.

¿Qué soy? ¿Quién soy? Demandaba la persona toda de Dorian, sentada en un rincón del bar, levantando los brazos como para llamar la atención de la gente, aunque en realidad preguntándole a la gente:

¿Qué soy? ¿Quién soy?

Federico (3)

¿Qué más, Federico?

Dorian cavila. Vamos a dejar que piense mucho en quién es su persona, antes de seguir adelante.

Me gustaría saber más de ella. ¿Por qué empezaste por ahí?

¿Por qué crees? Porque no hablo de Dorian. Hablo de la belleza.

¿De cuál?

Bueno, la que hemos acordado darle a las personas por lo menos desde la Venus de Milo y el Apolo de...

¿Y Sócrates? ¿No era bello? ¿Qué me dices? Todos los testimonios dicen que era muy feo. ¿Por fuera? ¿O por dentro?

Igual. Yo inicié mi vida filosófica denunciando a Sócrates por haber dicho que para ser bueno, hay que ser consciente.

Tiene razón.

Entonces no la tienen los trágicos, que crean a partir de la inconsciencia de sus actos y las consecuencias de su ignorancia.

¿No es así?

Así es y Sócrates lo niega. Él quiere racionalizarlo todo y expulsar de la razón a la razón misma; expulsarla, digamos, de la música, que es algo, si no irracional, al menos inexplicable.

¿No lo son el daño y la redención?

No seas pedante. No hay nada sin misterio. Si quieres explicarlo todo, acabas sin saber nada.

Todos cometemos errores, Federico.

Todos traemos al mundo un misterio, no una equivocación.

¿Todos somos errores, entonces?

Todos estamos descontentos en una cultura que quiere explicarlo todo.

Yo estoy aquí contigo porque quiero saber.

Vas a desilusionarte. Yo te ofrezco vida, no razones.

¿Me ofreces...?

La tierra mítica.

¿Cómo se llama?

Ya sabrás, primero conoce a la familia, primer punto. Luego a la madre. Son diferentes, te lo aseguro, la madre y el mito.

¿Crees que la familia es lo primero?

Yo no. Tú sí... Adelante con la familia, que es el principio convencional de nosotros mismos. Aunque decir "familia" es decir genealogía.

De allí venimos, Federico.

Nos guste o no nos guste ¿verdad?

Índice

I. De la paz el arcángel divino.....	9
II. Y retiemble en sus centros la tierra	99
III. Cíña, oh patria	161
IV. Al sonoro rugir del cañón	229

Sobre el autor

Carlos Fuentes (1928-2012) Connotado intelectual y uno de los principales exponentes de la narrativa mexicana, su vasta obra incluye novela, cuento, teatro y ensayo. Recibió numerosos premios, entre ellos los siguientes: Premio Biblioteca Breve 1967 por *Cambio de piel*. Premio Xavier Villaurrutia y Premio Rómulo Gallegos por *Terra Nostra*. Premio Internacional Alfonso Reyes 1979. Premio Nacional de Ciencias y Artes en Lingüística y Literatura 1984. Premio Cervantes 1987. Orden de la Independencia Cultural Rubén Darío, otorgada por el Gobierno Sandinista, 1988. Premio del Instituto Italo-Americano 1989 por *Gringo viejo*. Medalla Rectoral de la Universidad de Chile, 1991. Condecoración con la Orden al Mérito de Chile, en grado de Comendador, 1993. Premio Príncipe de Asturias, 1994. Premio Internacional Grinzane Cavour, 1994. Premio Picasso, otorgado por la UNESCO, Francia, 1994. Premio de la Latinidad otorgado por las Academias Brasileña y Francesa de la Lengua, 2000. Legión de Honor del Gobierno Francés, 2003. Premio Roger Caillois, 2003. Premio Real Academia Española 2004 por *En esto creo*. Premio Galileo 2000, Italia, 2005. Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica, 2008. Premio Internacional Don Quijote de la Mancha, 2008. Gran Medalla de Verneil, 2010. Premio Internacional Fundación Cristóbal Gabarrón de las Letras 2011. Premio Formentor de las Letras 2011.